

Levantar la mano contra uno mismo

Entre protocolos y enigmas

Hebert Tenenbaum

Porque, ¿quien soportaría los ultrajes y desdenes del tiempo, la injuria del opresor, la contumelia del soberbio, las congojas del amor desairado, las tardanzas de la justicia, las insolencias del poder y las vejaciones que el paciente merito recibe del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete?(Hamlet, acto 3)

Introducción

En el período 2010-13, fui responsable del Programa Nacional de Salud Mental del MSP. La inclusión de las psicoterapias en el sistema como prestación obligatoria para algunos sectores, fue el intento de iniciar un cambio importante en la atención psicológica. Estos cambios discutibles en su forma, en la duración de los tratamientos, en la elección de los terapeutas, aún siguen vigentes. Cuestionables en algunos aspectos, aunque es un avance histórico, por ser la primera vez que la psicoterapia es reconocida como prestación para cualquier usuario que lo demande.

Por otro lado la preocupación por el aumento constante de los suicidios, cuyas cifras ubicaban a Uruguay en el primer lugar en América, impulsaron diversas medidas de prevención. Todas ellas fueron insuficientes, impotentes para detener su aumento progresivo. En una etapa nacional, de notoria disminución de la pobreza, de la marginación, y con indicadores económicos únicos en la historia del país, paradójicamente aumentan año a año los suicidios. Las lógicas simplificadoras de causas sociales chocan con el aumento de estos actos.

De 300 suicidios en el año 1990, se pasa a 530 en el 2004, y a 718 en 2021.

Mientras tanto se suceden los planes, los proyectos, las leyes, un camino de años de impotencia o más bien de ignorancia.

Esta frustración de las políticas públicas, se hicieron carne y angustia en mí. Las políticas en definitiva son productos de las personas que las piensan. Tal vez ha sido la carencia de ideas originales en la elaboración de los planes, con el predominio de seguir recetas, recomendaciones

internacionales, con un ingrediente de mirada médica, pensando solo en términos de salud.

Pienso que pese a mis largos años de Análisis personal, de formación y de práctica con pacientes, no pude incluir en esa etapa los aportes del psicoanálisis. Claro que los fracasos de los planes tampoco se hubieran evitado por los aportes de una perspectiva psicoanalítica. Lo que el psicoanálisis aporta es descentrar el tema de lo médico-sanitario, pensarlo desde el lugar del sujeto sufriente.

En estas líneas me interesa pensar e interrogar, como afecta el acto de darse muerte en la elaboración de las políticas. Los hacedores, y planificadores también incluyen esta angustia, no hay tal objetividad, ni neutralidad. Quienes trabajamos en el ámbito público, no estamos a salvo de la acción pulsional, sujetos de deseo, no hay sujeto indemne.

Reconocer el fracaso es parte de nuestra tarea, ya no como condena ni incapacidad, sino como aceptación del límite, de la castración, que nos habilita para continuar en la tarea, frente a la omnipotencia de los planes totalizadores, o totalitarios.

Pensar el acto de darse muerte solo con una perspectiva de salud mental es una ilusión. Por otra parte aún sigo preguntándome que es la Salud Mental, un concepto ideológico desde donde se intenta establecer una frontera entre lo normal y lo patológico, distinción que solo sirve para excluir y discriminar. En el campo de la Salud Mental, se incluyen teorías, prácticas y acciones muy diversas. Desde nuestra disciplina, es cuestionable el concepto de Salud, el deseo inconsciente está excluido de los parámetros de normal y patológico.

Especialistas en el fuero íntimo, en los conflictos intrapsíquicos, en el relato o novela neurótica, se nos complejiza, o más bien muchas veces entramos en aguas turbulentas al implicarnos en la esfera pública. Nuestra tradición de pensar caso a caso, en la singularidad del sujeto, en las manifestaciones inconscientes, generalizar y llevar al terreno de las poblaciones no está en nuestros objetivos. La diferencia entre analizar, ese ser singular, único, al que conozco en su historia, en sus conflictos, en su peripecia, con el planificar un plan para todos con la óptica de la

prevención, nos plantea otro tipo de interrogantes, otros objetivos. Entonces compatibilizar estos escenarios, el íntimo el de un sujeto sufriente con el de un colectivo, con la generalidad es un primer escollo para discernir. Escollo, obstáculo, que hace carne en cada uno de nosotros psicoanalistas

Este conflicto entre mi preocupación, por las políticas públicas y mi posicionamiento como Analista, es desde donde parto para compartir mis reflexiones sobre el Levantar la mano contra sí mismo.

La muerte en estos tiempos.

De acuerdo con Philippe Aries, *“ya no hay muerte a nivel grupal, la muerte de cada uno ya no es un hecho social”*.

Ya no tiene nada público, no hay público. No hay signo de la muerte en las ciudades, ni telas negras en las casas, ni cortejos, ni crespones en la vestimenta. La ausencia de la muerte en el grupo se manifiesta de manera tal que el enlutado es considerado un paria” Aries resume con una fórmula particularmente contundente, el cambio de la relación con quien está de duelo.

“La obligación que se le impone de sufrir a escondidas. Lo que antes era obligatorio, en adelante está prohibido. Ya no hay ningún sujeto que muera.”

Allouch lo describe en su obra *Erótica del Duelo*. En la medida que la muerte ya no es un acontecimiento social, no es subjetivable, aunque fuera en el sentido de quiebre de la subjetivación. Ha derivado al cuidado del otro, que no se lo haga sufrir. La modalidad ideal es *“ya no sentirse morir”*. Es el sueño de una muerte por infarto, repentina. La muerte que no traiga ni dolor ni sufrimiento.

¿Cuál sería la muerte natural? Quien levanta la mano contra sí mismo es contrario a lo natural, se dice. Se define y se confunde naturaleza con normalidad. Se confunde la edad promedio, la llamada esperanza de vida con lo natural, cuando es producto de los avances culturales, de la ciencia y la técnica.

A través de la historia, El levantar la mano contra uno mismo ha sido asimilado al homicidio. Incluso en el código penal uruguayo se sanciona la colaboración con un suicida como delito. La prohibición a los suicidas de tener funerales religiosos o ser enterrados en el mismo cementerio que los otros ciudadanos. El suicida es un infractor a las leyes de la vida, al mandato de la vida como bien supremo, que en las religiones es patrimonio de dios, en la sociedad moderna del Estado.

El verdadero testigo del acto no está para testimoniar, ni podemos hablar en su nombre. También hay un problema simétrico que se encuentra en el extremo opuesto: no hay un público adecuado, ningún oyente apto. ¿Quién escucha? En este momento histórico de hedonismo e individualismo extremo, no hay público para el sufrimiento de quien busca la muerte. Lo que predomina es el narcisismo, el placer de lo inmediato, de lo efímero, de las imágenes.

En cambio es el lugar de la escucha, del silencio antes que el grito, de la interrogación que incita a pensar. El psicoanálisis que nos convoca a navegar en los misterios y enigmas.

Recurso a la ficción.

Jorge Semprun, español, sobreviviente de los campos, dice que no es la ficción poética, sino el documental prosaico lo que es imposible después de Auschwitz. Semprun rechaza la afirmación de quienes consideran que literatura y Shoa, son inconmensurables. Argumenta que el Holocausto solo puede ser representado por las artes: no es la estetización de la Shoa lo que es falsa, sino su reducción a un informe documental. Cada intento de reproducir los hechos de un modo documental neutraliza el impacto traumático de los acontecimientos descritos. La pretensión de incluir en informes documentados, objetivos, mensurables un fenómeno inabarcable y enigmático, como el darse muerte a si mismo, es una ilusión que no hace más que obturar las preguntas, que son múltiples. Las políticas públicas se ven inmersas en un mar de protocolos, que lejos de orientar a quienes están en contacto con los posibles intentos, marcan un camino único, que no permite escuchar, ni testimoniar al sufriente.

Mi intento es dialogar en estas líneas con los planes y políticas de prevención en Salud Mental, y lo singular del caso, de lo que se nutre nuestra práctica psicoanalítica. Siguiendo a Semprun y a Gladys Franco, recurro a la literatura para pensar sobre el levantar la mano contra sí mismo”, la ficción que nos ilumina como el historial. *“la literatura como disciplina artística, da ejemplo de discurso que no solamente muestra sino que habilita a pensar, descubre, como muchas veces hace el psicoanalista ubicado en tareas de difusión o interlocución con otros, favorece la mirada sobre la complejidad” (G.Franco)*

Confieso mi devoción por la literatura de Juan Carlos Onetti, en cuyas novelas y cuentos, el universo suicida se hace presente. Recurro a uno de sus relatos para pensar, a modo de caso, de historial, de ficción, las situaciones de vida y muerte. Montaigne es un cuento escrito por Onetti en 1986. Charlie, el personaje escenifica su suicidio frente a un público, sus amigos, que asisten impávidos al acto que tiene carácter de vodevil. Ni amigos, ni amantes, ni esposa mueven un dedo, sino simplemente son espectadores.

“Todos habíamos recibido el mismo mensaje, la misma oferta increíble.

Las invitaciones de Charlie, nos decían que el viernes, a las 7 de la tarde empezare a suicidarme. Sea maldito el que me falle porque no tendrá oportunidad de enmienda”

Desde ese primer párrafo, Charlie hace partícipe a sus amigos del acto, el relato es el dialogo, las interrogantes que se hacen quienes son testigos, a la vez que ignorantes, incrédulos de que un amigo pueda pasar al acto anunciado. Festejo, comida, bebida, la muerte voluntaria, como un ritual.

Ante la soledad, el desamparo del que se enfrenta a la muerte, Onetti nos trae la muerte compartida, la mirada cómplice y aterrada.

“Aceptaste de pronto, que estabas de más en el mundo? O estas sencillamente escapando.”

“Rico y me muero. Porque los invite a verme morir. Pero los ricos como yo no tendrían que suicidarse.”

Una de las características de los suicidas onettianos es la locura, no que estén locos, en el sentido de que los espectadores, como en el caso de Charlie, los ven con una cierta enajenación. Ese enigma, del porque un hombre rico, sin esos “problemas cotidianos” levanta la mano contra sí mismo. Con el agregado del público presente.

“Conocía la cara de Charlie, y la recordaba mostrando malhumor, paz y aquel don para la frase irónica. Pero ahora veía un rostro sutilmente distinto. Los ojos candorosos de él estaban mirando algo nunca visto por el e invisible para nosotros.”

A la manera del personaje de sus novelas más notorias, Larsen, el Charlie de este cuento hace un gesto cuya fuerza es notable porque no se puede creer en él. Es esa incredulidad del que mira y escucha, el no saber, a la vez que la angustia por el no poder impedir el acto.

“El trata de fabricar su redención por medio de una nueva esperanza” dice Onetti refiriéndose a Larsen.

Levantar la mano contra uno mismo, es levantarla contra el otro, los otros prójimos desconcertados, sufriendo la muerte, las preguntas y la culpa. Desafío, provocación, para quienes desde la vida intentar desmentir la muerte. El dolor insoportable de la ausencia del otro, el desgarrón que se produce, es desmentido, con la incredulidad. ¿Cómo el otro, prójimo puede levantar voluntariamente la mano contra uno mismo?

Ese invisible para los que estamos del otro lado, lo invisible, el misterio de las preguntas que no se responden.

El público es la presencia del Otro, que observa la escena. Es una forma de hacer existir al Otro, aun en la muerte. Charlie, provoca, escenifica su muerte, al tiempo que la realiza, desconcierta, lo que parece teatral es real. Allí aparece la dependencia humana de los otros, de la mirada. La endeblez de la constitución del Yo. En el acto de darse muerte, Charlie necesita de sus amigos.

Lacan hace referencia al filósofo Empédocles quien se arrojó al volcán Etna. Ese paso dice, es un paso firme, donde hay solo inconsistencia. En ese sentido dice, Empédocles se inscribe bajo el significante. Ese paso es el que el ser viviente ejecuta para devenir sujeto. Deviene con ese acto hombre entre los hombres.

Onetti nos hace un guiño, porque el libro donde Charlie deja el dinero a su esposa, ausente pero a su vez presente en el amante, que es el narrador, es el segundo tomo de los Essais de Montaigne. En uno de sus capítulos se hace apología del suicidio, a partir de la noción estoica de la "salida razonable". El filósofo renacentista, declara que el sabio es aquel que vive no tanto tiempo como puede, sino como debe. Onetti-Montaigne no presenta críticas de orden moral, ni prohibiciones, es más bien el despliegue del enigma, de lo oscuro de quien como Charlie, tiene la determinación de hacerlo. Prima en Onetti la noción de los estoicos, de que más vale partir si el dolor es demasiado grande, si la vida no merece tanta pena. Se crea una atmosfera en este relato por momentos irónica y hasta divertida de un acto trágico.

En una sociedad donde todos los aspectos de la vida quedan perfectamente planificados, resulta escandaloso que alguien pretenda planificar su muerte y hablar de la misma.

Acto que es un ataque hacia los otros, en el caso de Charlie, hacia sus amigos y esposa, que no está físicamente presente, aunque lo está en el amante. Violencia que lastima, provoca horror y angustia en los otros que continúan en el mundo.

En otro cuento, Tan Triste como ella, la pluma de Onetti, con magistral captación de lo que en nuestra teoría nominamos Goce, pulsión de vida y de muerte, en una mezcla inextricable. El sexo, la pulsión sexual en el acto definitivo.

"En el dormitorio envolvió en ella el Smith and Wesson, aguardando con paciencia que el caño adquiriera temperatura humana para la boca ansiosa.....Escucho por segundos el cuarto tiro de la bala que le rompía el cerebro. Sin entender estuvo un tiempo en la primera noche y la luna,

creyó que volvía a tener derramada en su garganta el sabor del hombre, tan parecido al pasto fresco, a la felicidad y al verano.”

Hablar, hablar, Quien escucha?

Los especialistas, los suicidólogos, los medios de comunicación, las políticas públicas, insisten con la misma fórmula, es necesario hablar del tema. Difundir, explicar, racionalizar. ¿Que? La muerte por mano propia es un acto irracional, loco, en contra de la ley de la vida, del amor por la vida. La vida aparece como bien supremo, la muerte el mal. Pero, ¿cómo explicar con argumentos racionales, concientes, positivos, lo que está más allá? Freud lo nombro, El más allá del placer, la repetición, el goce. La escucha de la acción silenciosa de la pulsión de muerte, de ese goce inexplicable, inexpresable solo con palabras.

Seminario” Por la vida”, se tituló una actividad que organizo una diputada de Cabildo abierto. Participación de varios ministros y otros especialistas. Se trataba del suicidio adolescente. Principal causa de muerte en esa franja etaria. La responsable del programa de Adolescencia del MSP dijo que, según la Encuesta Mundial estudiantil, el 30 por ciento de los adolescentes respondió que nunca o muy pocas veces se siente entendido por los padres”. El “gran descubrimiento”, parece ser, los adolescentes tienen conflictos con los padres.

Planificar políticas a partir de tales simplificaciones y obviedades llevan a los fracasos, frustraciones e inacciones de dichas políticas. La especialista manifestó que hay “una idea nueva uruguaya” de incluir una consulta psicológica en el control médico anual. Una vez al año una entrevista con un psicólogo, ese es el gran aporte para el suicidio adolescente.

Controlar, domesticar lo pulsional del adolescente ese es el objetivo. ¿Ingenuidad? Desconocimiento del sufrimiento adolescente, de los movimientos en toda su estructura psíquica que se producen en esa etapa. Hablar con los que se frustraron, con los llamados intentos, con los aspirantes a morir. Las investigaciones se centran en estos casos, en quienes estuvieron al borde. El que se ha salvado ha vuelto a ingresar en

la lógica de la vida y habla su lenguaje para satisfacción de sus allegados, de la sociedad. Pues en nuestra sociedad el suicidio es un acto que da vergüenza y es condenado, patologizado.

Una especie de retorno al platonismo, el mal fruto de la ignorancia. Hay que educar a los que sufren, a los que viven en el dolor para evitar el suicidio. Educar, dar lecciones de racionalidad a la pulsión de muerte? Se quiere obturar con demasiadas recetas al sufrimiento. La razón, la lógica como domeñamiento de la pulsión.

Jean Amery. Discurso de la muerte voluntaria.

En mi afán de incluir diversas miradas sobre el tema, me encontré con el libro de Amery: "Levantar la mano contra uno mismo, discurso sobre la muerte voluntaria." Amery miembro de la resistencia, sobreviviente de Auschwitz, escribió este libro dos años antes de ser el mismo actor de su muerte voluntaria. 30 años después de su liberación del horror concentracionario.

La situación previa al salto es la que analiza Amery, las diferencias del acto, de lo fenoménico, se borran en ese momento previo. La muerte con la que convivimos a medida que envejecemos, que nos produce angustia, que se transforma en peligro externo como un terror que amenaza. La muerte que es un misterio, es atraída violentamente por alguien contra sí mismo.

"Atracción tiene el mismo carácter metafórico que decir huida hacia la muerte."

"El vivir en espera de la muerte y el acto autónomo sin más, no son lo mismo por más que el resultado sea el mismo" afirma Amery.

Con su acto el suicida nos provoca, nos incita a mirar cara a cara, lo que normalmente es espera pasiva. ¿Cómo encontrar lo común, la esencia del darse muerte en los casos de la señora que enamorada de un artista famoso, ante su rechazo se da muerte, o el adolescente que lo hace en medio de un consumo de sustancias, o el preso político que ante la

insoponible crueldad del martirio se da muerte, o el caso de Baltazar Brum quien lo hace como acto de resistencia frente a la dictadura, o en artistas como Pavese, Faulkner, Quiroga en la cumbre de su fama y fuerza creadora se matan, o o quien internado en un manicomio luego de múltiples tratamientos no soporta más el sufrimiento. Ante la imposibilidad de abarcar todos los casos, lo singular surge como una única formulación, a la vez que tentación de acercarnos al enigma

Podría seguir. Muchas singularidades que reiteran el acto, pues de eso se trata de escuchar el caso a caso, el sujeto que escapa a los protocolos. Eso que no es comunicable, ni incluíble en las categorías psicopatológicas. Lo que tienen en común es el enigma, lo que no se puede saber desde fuera, lo que es calificado de irracional, insignificante que puede ser el motivador, en ese momento “previo al salto” cuestiona las interpretaciones psicológicas, y psicologizantes.

La acción de la desmentida, se presenta como rechazo, discriminación, condena, ocultamiento. No ver, no saber quién da ese paso, visibilizando la muerte, anunciando el final de la trayectoria.

En estos tiempos se ha difundido con mucha pompa el suicidio adolescente. El acto de darse muerte de los adolescentes sacude, escandaliza por su condición de antinatural. Visibilizar excesivamente es otra forma de ocultar, tanta preocupación de los medios de comunicación, a la vez se deja de lado, se margina a los adolescentes y sus sufrimientos.

Lo natural, lo normal es el morir cuando el promedio de la población. Quien decide hacerlo antes de esa normalidad, es considerado como antinatural. Para el ser humano que se acerca a la muerte, la situación es otra. Las circunstancias objetivas no le afectan. La angustia, el miedo no se aminoran por la denominación de natural, si esa persona entra en el promedio. Sigue siendo un tormento insoponible. Mi muerte más allá de todas las consideraciones objetivas y racionales sigue siendo antinatural.

Amery lo afirma:

“la muerte voluntaria es un privilegio del ser humano el suicidio como un acontecimiento específicamente humano. Es esa potencialidad, esa muerte.”

Amery subtitula su ensayo, Discurso sobre la muerte voluntaria. Nos desafía a pensar en el suicidio como un acto de libre albedrío. Desde el psicoanálisis se cuestiona el concepto de voluntad, de libertad, en tanto sujetos determinados por lo inconsciente. El Yo que actúa, que determina la acción es vasallo. Nuestro Yo es un personaje con varios ropajes, ninguno de ellos elegido, sino producto de una historia y de determinaciones que escapan a la conciencia. El acto de darse muerte, como expresión de otra voluntad, no de la conciencia, ni del libre albedrío, sino de un más allá del placer, inseparable del Eros. Lo que Amery llama voluntad lo podemos interpretar como deseo.

“Aquellos que han pasado al acto de darse muerte, aquellos que, con ese acto absurdo, han aportado la prueba de que la vida no es el bien supremo, han resuelto la contradicción vida-muerte, la angustiada y acuciante pregunta por la muerte, con un más terrible aserto, Muero luego soy.”(Amery)

En la misma línea de pensamiento que Amery, Susana Balparda, desde una perspectiva psicoanalítica dice: *“pensar el suicidio, produce horror y a su vez fascinación y lo que podemos hipotetizar algunas veces es que más que el deseo de no vivir, lo que estaba en juego en el suicida es la búsqueda de una existencia simbólica”*

Es la paradoja del quien pasa al acto de darse muerte, el salir de la nada, del vacío de su existencia para buscar una existencia que solo encuentra en la muerte. Se deja de vivir para encontrar una existencia ajena al dolor previo.

Paradoja del sujeto suicida, el dolor, el sufrimiento habilita el deseo de morir. El deseo, la búsqueda de esa marca alucinatoria de orígenes, es deseo de muerte. Desear la muerte para existir. Vida y muerte, conjunción de orígenes y de finales.

El sujeto que levanta la mano contra sí mismo, es ejecutor de deseos y fantasías que habitan en todo humano. El suicida es humano, demasiado humano. La fantasía de terminar con la vida, en algún momento pasó por nuestra conciencia.

Balparda nos recuerda que *“la belleza horrenda que lleva a la condena a la vez que la belleza contagiosa que da lugar a las epidemias”*

Freud en Etiología de la Histeria considera la suicidio con otros actos que realizan las histéricas, a pesar de parecer exagerados a la vista del espectador, responden a un acontecimiento, que retroactivamente ha cobrado un valor traumático, gracias a un suceso actual, por la no tramitación del afecto que ese suceso despertaba al estar inconciente.

Se destaca en Freud el tiempo lógico por sobre el cronológico, ya que no el suceso actual quien desencadena el acto, sino que un recuerdo o fantasía cobra un valor traumático. Es ilusorio e ineficaz el buscar en sucesos actuales la única causa del acto. Tal como se intenta desde los planes y prevenciones de Salud mental. Escuchar, con la escucha dirigida inconsciente, en el deseo, sin dejarse obnubilar por los hechos.

Fascinación , atracción por ese acto enigmático, a la vez que el rechazo, la distancia, que intenta la defensa ante nuestras angustias de muerte.

Mis interrogantes

En estos meses ha circulado la noticia que un grupo de súper millonarios, entre ellos Elon Musk, Peter Thiel, aportan millones de dólares a laboratorios que investigan la prolongación de la vida, el sueño de inmortalidad. Laboratorios financiados por los multimillonarios del planeta dedican sus investigaciones para quienes aspiran a cumplir la fantasía de vida eterna. El presidente de Facebook declaro: *“la disparidad de riqueza creara una casta de inmortales”*.

Las investigaciones de los súper millonarios y laboratorios para detener el envejecimiento y la muerte, el rechazo de la finitud, la ilusión omnipotente, son una figura de la completud, de la desmentida de la castración. ¿La ciencia que ha demostrado no ser siempre ficción, promete un porvenir de vida sin muerte?

Ante la desaparición de los rituales, los ceremoniales, el ocultar el acto de morir, sustraerlo del plano social, la pretendida invisibilización de la muerte. El levantar la mano contra uno mismo, ¿sería un sustituto, acto que imaginariza la muerte, que nos acerca a nuestra condición humana?

Freud, lo afirma, el *“problema más importante para la cultura en general y para cada cultura particular, radica en la forma que se constituye el superyó”*. La cultura al servicio del Eros, es la cultura que se opone a la pulsión de muerte, a la hostilidad de unos contra otros.

¿Qué sucede cuando la cultura es despiadada, individualista, promueve como ideal la satisfacción narcisista?

En una sociedad donde los vínculos no son compactos y estables, donde predomina el mecanismo paranoico del otro como malvado, donde se promueve la exclusión, la expulsión de quienes no acceden al idealizado consumo, radicalizando las diferencias de clase.

Las condiciones de vida de vastos sectores de población, que son violencia larvada generada en lo cotidiano, causa de enfermedades, de muertes prematuras. ¿Cómo influyen en el acto violento de darse muerte? Interrogación que como he desarrollado no es simplificación, ni pretensión de determinaciones univocas, sino una dimensión insoslayable para pensar el tema.

Al decir de Marcelo Viñar, *“El relato configura al ser. Pero no hay narrador sin oyente, no hay narrador sin testigo”*. El relato que se construye sobre los sujetos que pasan al acto de darse muerte, es un relato de la patología, de la clasificación racional, de la vida como un bien sagrado. La obstinación en morir, deja perplejos a quienes desde el poder político tienen como único fin la administración de la vida. Discurso donde lo único

que vale es vivir para producir, ser útiles a la sociedad, que al mismo tiempo se desarrolla un entramado técnico- sanitario para explicar el comportamiento normal y anormal.

¿Cómo construir un relato, que no sea discriminatorio, no escuche al sujeto que pasa al acto de matarse, como un extranjero, o un miserable, o un desgraciado?

En una sociedad de la exclusión, donde se sustituye al oyente de los sufrimientos, por recetas, protocolos y guías. ¿Es posible hablar de prevención? ¿Cómo incluir en las llamadas políticas de salud mental la dimensión inconciente, la persistencia del deseo, aun del deseo de morir? ¿Cuál es lugar de los sujetos, si el relato dominante es sálvese quien pueda, sea feliz consumiendo, y consumiéndose?

Camus proclama, que *“no hay más que un problema filosófico serio: el suicidio”*, ya que nos plantea el sentido de la vida, la pregunta si vale la pena vivirla o no. La filosofía no ha podido con este problema, menos aún los planes de prevención de la salud mental. Un acto que se prepara en el silencio del corazón, como una gran obra, dice Camus. La respuesta filosófica apunta al absurdo de la vida, al sin sentido.

El psicoanálisis aporta el lugar del inconciente, que no es silencioso, ni mudo, pues en sus sueños, lapsus, síntomas, actos se manifiesta. La posibilidad de una escucha paciente, modesta y sin preconceptos, un atisbo de quien levanta la mano contra si mismo, podrá surgir. No hay palabra última, ni verdadera que pueda pronunciar el psicoanálisis, no somos portadores de verdades ultimas, sino de interrogantes que incitan a pensar.

Ese es el meollo de los cuestionamientos a los planes, proyectos, protocolos, intentos de detener el levantar la mano contra sí mismo. Solo la apertura al remanso de la palabra, de la singularidad de un sujeto que es propia de la condición humana. Ese es nuestro desafío.

